

### CAPITULO CXIII.

Museo de Artes é industria.—Galería Imperial de Belvedere, salas diversas de que consta, y pinturas que mas llamaron nuestra atencion—Galería del príncipe Liechteustein, salas de que consta, y cuadros y estátuas que contiene.

De intento nos hemos reservado despues de todo lo expuesto, dar cuenta de nuestra visita á la Galería imperial de Belvedere situada en Rennweg; su arquitectura es perfectamente elegante y moderna.

Lo que vimos con mas detenimiento fué la galería de pinturas, que es lo mejor que encierra, por su estencion y por la riqueza de sus originales, forma un verdadero museo.

La entrada es una gran sala, que tiene por

nombre: la Sala de Mármol: los frescos que la adornan son de Carlone, y se contemplan con interés dos grandes retratos de cuerpo entero; uno de ellos de José II, y el otro de María Teresa.

A la derecha están las escuelas italianas, y á la izquierda las de los Países Bajos. En la primera sala de las primeras perteneciente á la veneciana, nos detuvimos ante algunos cuadros que representaban la pasion de Nuestro Divino Redentor, hechos por Palma y Tintoret, con la mas exquisita perfeccion.

En la sala tercera llamó nuestra atencion: el magnífico cuadro de Marate representando la muerte de San José; el de la vírgen llamada de la Verdura; hecho por Rafael Sanyo, y otro que representa dos batallas romanas, por Salvador Rosa.

Despues se sigue un gabinete dorado, con el techo pintado por Solimena; el cuadro alegórico representa la paz en 1814, por Fuges: está adornado, este gabinete entre otras cosas, con el busto de Francisco I hecho en mármol, obra colosal de Pacetti.

En la sala cuarta que es Florentina, nos detuvimos ante la imágen del Señor, muerto y llorado por su Madre Santísima, debido al pincel de Andrea del Sarto.



Pasamos en seguida por la capilla, en la que hay magníficas pinturas y algunos frescos de Carlone, y penetramos en la quinta sala destinada á la escuela Bolonesa, contiene algunos cuadros religiosos de Guido Reni, Carrache y Guerchin.

La sexta sala Lombarda, tiene varios pasajes de la Historia Sagrada, por Carrache, Storría y otros.

La sétima sala pertenece á varias escuelas reunidas italianas; es grande y con muy buena luz; en ella contemplamos con agrado la pintura de un guerrero con su armadura, de Salvador Rosa, y el retrato de una Infanta, por Velazquez.

Con esta concluian las salas de la escuela italiana, y despues de darles otra vista general, penetramos en las de los Países Bajos, la primera pertenece á la escuela irlandesa, y contiene varias pinturas características de costumbres, por Fit y Rembrandt.

La segunda llamada sala de Paisages, encierra una bonita coleccion de éstos, por Vernet, Ruysdael y Backhuysen.

La tercera sala contiene una coleccion de obras de van Dyck, y hasta lleva su nombre, hay en ella muchas pinturas religiosas y algunas de costumbres.

La cuarta sala encierra otra coleccion de cua-

dro de Rubens, llamando la atencion sobre todos, San Ambrosio reusando al Emperador Teodosio la entrada al templo de Milan; las cuatro partes del mundo representadas por cuatro rios: el Nilo, el Danubio, el Gauge y el de las Amazonas, éste último, rodeado de grupos.

Síguese despues un gabinete blanco, que se halla adornado con algunos cuadros de flores, por diversos autores.

Hay tambien otro gabinete verde bastante grande, que encierra muchos cuadros de costumbres, de autores desconocidos.

La quinta sala pertenece á Rubens, y contiene especialmente pinturas religiosas, entre otras una de sus obras maestras, que es la aparicion de la Virgen Santísima á San Ildefonso.

En la sala sexta, llamada de Teniers, hay varios cuadros muchos de ellos de costumbres, y algunos retratos, siendo la mayor parte del autor cuyo nombre lleva.

En la sétima sala de diversas escuelas; nos detuvimos ante el retrato de Carlos el temerario por Hemeesen, y el rey de las Hadas.

En el vestibulo del entresuelo contéplase la estatua de Carlos VI coronado por un ángel, y un grupo en mármol representando la apoteosis del príncipe Eugenio.

Síguense en este piso cinco grandes salas de



la escuela italiana, con varios originales de Rafael, el Ticiano, Veronese, Cagliari, etc., etc., y otras tres mas pequeñas de la escuela flamenca, que no encierran ninguna cosa notable!

En el segundo piso, hay cuatro hermosos salones de las escuelas alemanas y de los Países Bajos, representando varios pasajes religiosos de buenos autores, algunos históricos y muchos de costumbres, que por no extendernos mas. no enumeramos.

A estas cuatro salas siguen otras mas pequeñas con pinturas del mismo género, y se sale de esta série de salones, por el hermoso vestíbulo de que hemos hecho ya mencion, y que nos ofrece una magnífica escalera ancha y de muy buena piedra.

Despues de haber recorrido este museo, se nos invitó para ver la galería del Príncipe Liechtenstein, á cuya invitacion no pudimos excusarnos.

Vamos á hablar muy ligeramente de él.

Contiene 1450 cuadros, distribuidos en 25 salas. Ademas de los cuadros hay 400 estatuas de mármol y bronce, copiadas de modelos antiguos.

Esta coleccion que encierra tantas telas, es notable sobre todo en la escuela flamenca. Los cuadros de Rubens ocupan un gran salon, llamando sobre todos la atencion: una Asuncion,

una Misa sobre un sépulcro, y una Sagrada Familia

De van Dyck hay 23 cuadros, la mayor parte retratos sumamente bien hechos.

Siguen muchos salones con originales de Van Ostadi, Prelinbourg, Menli, etc.

La escuela alemana se halla poco bien representada, lo mejor que encierra son algunos retratos de Alb Dürer.

La escuela italiana, tambien poco numerosa, cuenta, sin embargo, telas muy apreciables, entre otras, la Virgen de la Manzana, con un marco riquísimo, debido al pincel de Rafael; el nacimiento de Señor, por Guido Reni; la Cruz á cuestas, por Leonardo de Vinci, y algunos cuadros de Salvador Rosa, Corregio, Perugin, Francia, etc.

En la escuela francesa se hallan, la muerte de los inocentes, por Librum; el milagro del paralítico, por Poussin, y varias pinturas de Valentin José y Vernet.

Esto es lo mas notable que encierra esta galería, la que recorrimos con gusto é interés.

Antes de terminar á Viena, queremos, sin embargo referir al lector un anecdota, en extremo curioso, que nos aconteció durante nuestra permanencia en ella.

Un dia, á la caída de la tarde nos hallá bamos



en el interior de nuestro apartamento en el hotel, cuando notamos que el comedor general se iba ocupando por una multitud inmensa de señores; las mesitas desaparecían y el salón se llenaba de asientos, todos colocados con gran orden y armonía. Al principio no acertábamos que era aquello, mas luego comprendimos que era una de tantas sociedades como hay en Viena, que celebraba allí sus juntas ó reuniones: despues de divertirnos un rato, nos dirigimos al comedor particular que teníamos en nuestro apartamento, y poco despues se nos sirvió, como de costumbre, una opípara comida. Acabábamos de levantarnos de la mesa, cuando un criado pidió permiso á papá, en nombre del dueño del hotel, para que entrase á comer una familia en nuestro comedor, por hallarse el otro ocupado en la sesión de la sociedad; papá que no encontró inconveniente ninguno en lo que le pedían, otorgó, sin dificultad el permiso, y nos salimos del comedor, para así dejar con libertad á los recién venidos. Nosotras, con la curiosidad propia de las niñas, nos quedamos tras de la puerta de nuestra recámara, y desde allí podíamos ver y oír lo que en el comedor pasaba. Poco despues vimos penetrar una familia, la que se componía de dos caballeros y cuatro señoras, una de ellas ya grande, dos jóvenes y una niña, y de los primeros,

el uno grande y el otro joven; vestían todos con elegancia, y á juzgar por lo que se veía, parecían acomodados. Pronto ocuparon la mesa, y dos ó tres criados parados detras, esperaban sus órdenes; entónces pudimos descubrir que aquella familia era francesa, ó por lo menos este era el idioma que hablaban. Una vez sentados todos, se entabló entre ellos un diálogo que nos divirtió mucho y que no queremos ignore el lector por ser esto real, y tan estrabagante, cuanto curioso.

El señor, que sin duda era el jefe de la familia, tomó la palabra, y dirigiéndose á su esposa, le dijo.

—Gracias á Dios que al fin hemos encontrado un buen restaurant; ya deseaba refrigerar mi estómago y tomar algo sólido y confortable, es tan buena la cocina austriaca..... ¿qué quieren vamos á ver, qué desean ordenemos?

—Papá, replicó el joven, yo creo que lo mejor será pedir una buena cena; me han asegurado que los vinos y la comida de este hotel, es lo mejor que hay en Viena.

—Nó, replicaron las muchachas; quién piensa en cenar á estas horas, nosotras apeteceríamos mejor dos ó tres helados, con sus finos y buenos barquillos.



—Eso no alimenta replicó el joven, y lo que necesitamos, como acaba de decir papá, es algo sólido y confortable.

—Sí, dijo la niña, papá comeremos pasteles y dulces, y en seguida tomaremos vino.

—Pues yo no tomo sino helados, murmuró una de las jóvenes, con acento disgustado.

—Calma, calma, no se disgusten, replicó el buen señor, vamos á discutir con paz que es lo que debemos ordenar.

Nosotras, sorprendidas, contemplábamos aquella escena tan ridícula; hacia mas de un cuarto de hora que se hallaban en la mesa, los criados esperaban con impaciencia, al ver que á nada se decidían.

Continuó la discusión una cuarto de hora mas, hasta que al fin el buen señor dijo:

—Pues yo soy de opinion que tomemos nuestras tasas de té con buen pan, y nuestros vasos de cerveza.

—Yo preferiria la cena, replicó el joven.

—Nosotras los helados, dijeron las muchachas.

—Yo los pasteles y los dulces, murmuró la niña.

—Solo tú no has dado tu opinion, objetó el señor volviéndose á su esposa, que habia permanecido muda y silenciosa.

—Sí, que decida mamá, dijeron los cuatro jóvenes á una voz.

Entonces respondió la señora con la mayor calma:

—No habia dado mi opinion, porque me daba cólera ver la tontera con que discutiais lo que debiamos tomar; pero escuchadme: el té y la cerveza es una mezcla desagradable y muy irritante; la cena puede causarnos una indigestion; los helados un resfriado, los pasteles y los dulces ensucian el estómago; yo creo que lo que debemos tomar, son unas buenas copas de agua, así todos pueden quedar satisfechos y en libertad de tomar mañana ú otro lo que á cada cual le parezca.

—Tiene razon mamá, exclamaron los cuatro jóvenes.

—Pues bien, ordenaremos agua, replicó el señor, y llamando á un criado, le ordenó seis copes de agua.

Este se quedó estupefacto, apenas podia creer lo que escuchaba; pero á una segunda orden llevó el agua. Todos apuraron sus copas, levantándose en seguida de la mesa, y dando una moneda al criado salieron del comedor, tan satisfechos como si hubieran cenado opíparamente.

Los criados se quedaron como petrificados, no podían creer lo que acababa de pasar; y noso-



tras abandonamos la puerta llenas de risa, sin poder creer tampoco en la ridícula y extraña escena que habíamos presenciado; pedir un comedor particular, discutir media hora y tomar únicamente un vaso de agua, es cosa curiosa y singular.

Diremos algo por último de las dos estaciones mas notables que tiene Viena, la del Oeste y la del Norte: La primera se construyó de 1854 á 1858, y tiene 74,000 toesas cuadradas, está adornada la fachada principal con varias esculturas de Meixner, y llama la atención en el vestibulo la estatua de la Emperatriz Elisabet, hecha en mármol de carrare por Gasser.

La estación del Norte fué concluida en 1865; el lujo y esplendor de su construcción dirigida por cuatro de los mejores arquitectos de Viena, no tiene ejemplo en su género. Todas las construcciones de esta garita cubren una superficie de 17,000 toesas cuadradas. El vestibulo y la sala de espera, llaman la atención del viajero por a riqueza de su adorno. Esta es la estación por la que llegamos á Viena.

Hemos trasado, aunque á grandes rasgos, lo principal que encierra esta capital tan simpática y agradable, y aunque tratamos de dar una minuciosa idea de ella; lo que hemos escrito apenas

basta para principiar, creemos haber insinuado algunos datos, que no carecen de interés, y que harán formar de Viena el concepto verdadero que merece:

No hay duda que tiene un lugar distinguido entre las capitales de Europa, y con mucho gusto puede el viajero dedicar algun tiempo de permanencia en ella, para visitar detenidamente tantas curiosidades como encierra, muy especialmente en los palacios de la nobleza, que son tantos, y muchos de ellos en extremo interesantes. A nosotras nos pareció corto el tiempo que permanecimos allí; pasamos en ella dias y ratos muy amenos, que hacen que su recuerdo no pueda nunca borrarse de nuestra memoria; antes por el contrario, el nos sirve de verdadero recreo y de muy gratas impresiones.

La vida de los recuerdos tiene su muy especial atractivo, y muchas veces, en los momentos de sufrimiento, éstos vienen á endulzar y á servir como de suave bálsamo al corazon que sufre, presentándole imágenes que le han sido gratas, que le han hecho gozar, y que le vienen á recordar que no todo ha sido infortunio y desdichas, sino que ha habido dias muy serenos, en que con, la conciencia tranquila, que es el supremo bien se ha gozado de bellísimas impresiones, y de los



sentimientos que inspira la calma y la vista de un cielo azul, tachonado de brillantes estrellas.

Suspendamo por un instante la narracion de nuestro viaje, y avancemos algunas páginas del manuscrito de Genaro. Continuaba este así:

## CAPITULO CVIX.

Continúa el manuscrito de Genaro.

Tu padre se unió á la princesa de H., que hoy es su esposa, ignorando lo que de tí habria sido, y toda su ambicion era tener un hijo á quien legar su nombre y su inmensa fortuna.. Mas como el amor no presidiese ese enlace, Dios no les dió familia alguna, y veia Milord con tristeza extinguirse en él el nombre de sus antepasados

La princesa tenia una hermana jóven y hermosa, unida á un noble de Italia. Esta pobre ven se llamaba Esperanzo; un dia en que Milord y su esposa se paseaban en los jardines de una de sus quintas, á inmediaciones de Lóndres, la princesa recibió una carta de Esperanza, en la